

LA ASTUCIA TIENE CARA DE MUJER

**—CILIA LISSEL ROMERO SOSA
EN LIMACLARA EDICIONES—**

“Volví entonces mi atención hacia el conocimiento, para investigar e indagar acerca de la sabiduría y la razón de las cosas, y me di cuenta de la insensatez, de la maldad y la locura, de la necedad. Y encontré algo más amargo que la muerte: a la mujer que es una

trampa, que por corazón tiene una red y por brazos tiene cadenas. Quien agrada a Dios se librará de ella, pero el pecador caerá en sus redes. Y dijo el Maestro: Miren lo que he encontrado al buscar la razón de todas las cosas, una por una: que todavía vengo buscando lo que no he hallado! Ya he dado con un hombre entre mil, pero entre las mujeres aun no he encontrado a ninguna. Tan solo he hallado lo siguiente; que Dios hizo perfecto al género humano, pero este se ha buscado demasiadas complicaciones.”

Eclesiastés 7.25-29

Existe una verdad que reina en el mundo de una manera física y tangible, dos fuerzas que gobiernan y controlan el universo de una manera obscura y perversa; el dinero y la mujer. Aunque en el plano natural sus fuerzas son limitadas, es realmente sorprendente lo que su influencia puede lograr.

Estas fuerzas han creado un gobierno paralelo que se concentra en desviar la atención del ser humano hacia uno erróneo que lo desvía de sus verdaderos propósitos y lo coloca en un plano de subordinación.

Tanto el hombre como la mujer son utilizados por estas fuerzas colocándolos a cada uno en planos que no los corresponden y para los cuales no han sido creados.

La mujer, hermosa, guerrera, inteligente, con gran poder de convicción, consciente de lo que genera si así se lo propone, pero

sobre todo consciente de su mayor ventaja: “la comprensión de que el poder ha seducido a los hombres desde tiempos muy remotos”. De esta forma, será sabia o necia según hacia dónde dirija su astucia. En este proceso de expectación de sus habilidades, surgen sus propias debilidades; tal como la emotividad, que despierta en ella la necesidad de reconocimiento.

Las mujeres fueron dotadas de habilidades distintas a las de los hombres; espiritualidad, sensibilidad, intuición, además de un espíritu bondadoso y de resistencia. Su labor es tan vital, tan necesaria, que su importancia la hace convertirse en un ser expectante de reconocimientos.

Esta es la necesidad que el hombre no entiende y no procura satisfacer; no por egoísmo ni maldad si no simplemente porque no lo considera necesario. Aquí es cuando la mujer encuentra razones suficientes para desviar su principal objetivo bondadoso el de “dar” cambiando el cariz de éste por uno más oscuro, complejo y perverso; el de “recibir”.

En este trayecto de búsqueda de reconocimiento, se sirve de maquinaciones un tanto perversas, innatas por su poder y su astucia.

Y en este sentido, ambos, hombre y mujer, se convierten en buscadores de respuestas a su propia existencia. Es aquí donde el hombre tiene “sus propias complicaciones”

En este sentido una afirmación es muy real. El hombre (aquí concentrémonos en el sentido general de la palabra hombre), es un ser insaciable. Cuanto más obtiene más desea. Esta insistencia,

mesurada es una virtud, cualidad o capacidad. Sin embargo sin medida cambia de cariz, y pasa a ser un vicio, asimismo de una cualidad, a un defecto, y de una capacidad, a una debilidad.

Cuando el hombre no comprende la medida, vive sumido en la inseguridad y por complacer su afán (el de dominio), se concentra en la búsqueda. En esa búsqueda aplica tantas estrategias como teorías de cómo llegar al éxito existen, convirtiendo su realidad en conflictiva, con los constantes reenvíos. ¿A qué llamamos reenvío? Cuando y mediante la aplicación de la teoría se vuelve al origen del conflicto sin llegar a la solución, es decir, retornando al mismo problema de fondo y haciendo que éste se vuelva imposible de resolver, es entonces cuando se produce lo que el derecho denomina reenvío.

Las supuestas soluciones que brinda el hombre están llenas de esta figura. Existen centenares de preguntas sin respuesta, así como enfermedades sin cura, especulaciones acerca de la creación del universo y muchos otros cuestionamientos que el hombre aún no fue capaz de resolver. En este punto, volvamos al Eclesiastés:

“Miren lo que he encontrado al buscar la razón de todas las cosas, una por una: que todavía vengo buscando lo que no he hallado!”

Cuando en la vida se tiene bien definido un porqué, se vive sin dificultad el cómo¹, en este sentido, nadie emprende un viaje solo,

1

□ Nietzsche

constantemente dependemos de otros, en mayor o en menor medida, para avanzar, tanto el hombre como la mujer necesitan uno del otro para encontrar su propósito y abandonar la búsqueda. Al asumir o no, ésta dependencia es cuando se vuelven notorias las variantes de éxito o fracaso en el proceso de búsqueda.

CILIA LISSEL ROMERO SOSA

Lic. en Derecho

Desde Asunción del Paraguay
